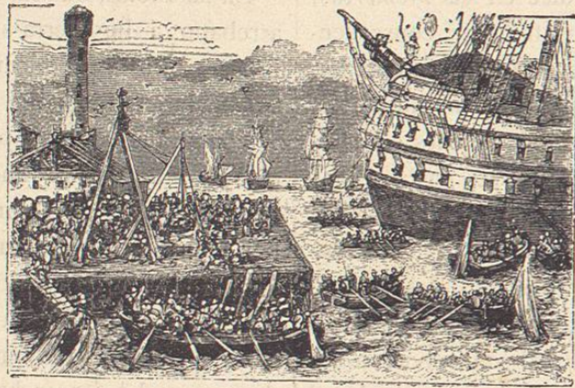


gleses, indemnizándose con haberse salvado de la humillación que les legó Luis el Grande, de no poder fortificar á Dunquerque ni reconstruir su puerto. Holanda escapó con la cesión de Negapatina, y la obligación de dejar libre el comercio y mares orientales que hasta entonces había monopolizado.

Francia pudo creer que la paz de 1783 valía más

para ella que la de 1763, pero esta paz la compraba por más de 1.200 millones de francos, y con la pérdida de 19 navíos y 29 fragatas y corbetas. La guerra de América, en fin, después de haber familiarizado al pueblo francés con las ideas de paz y de república, había abierto en los gastos aquel abismo, que, según Flassan, dijo el mismo Vergennes á Luis XVI que no se podía sondar.



Recuperación de Mahón



## CAPITULO VI

### EL COLLAR DE LA REINA

Bancarrotas de la Hacienda. — Ormesson sucesor de Fleury. — Despilfarro de la Hacienda. — Pánico público. — Suspensión de pagos. — Castries propone que se llame á Necker. — Oposición de Luis XVI. — Calonne. — Oposición á su nombramiento. — Lomenie de Brienne. — Candidato de la reina. — Por qué se opuso el rey. — Cómo fué nombrado Calonne. — El banquero Harvelay. — Cualidades y defectos de Calonne. — Apóyanle la Polignac y el conde de Artois. — Estado de la Hacienda al encargarse de ella Calonne. — Acertadas medidas del nuevo ministro para enjugar la deuda y el déficit. — Popularidad de Calonne. — Necesidad de nuevos empréstitos. — Continúa el despilfarro del Tesoro. — Necker descubre el estado de la Hacienda. — Destierro de Necker. — Empréstito de 125 millones. — Lucha de Calonne con los banqueros. — Llama en su auxilio á Mirabeau. — Polémica entre Beaumarchais y Mirabeau. — Desatentadas resoluciones de Calonne. — Prisión del cardenal de Rohan. — EL COLLAR DE LA REINA.

**S**I Vergennes tenía ó no razón al decir que la Hacienda francesa había caído en un abismo sin fondo, dígalo la resolución que se tomó de hacer sus pensión de pagos tan pronto se hubieron firmado los preliminares de paz, si bien la medida se limitó para las letras de las colonias, lo que, naturalmente, indignó á Castries sin cuyo consejo se había acordado una medida tan desastrosa para el crédito público y para las colonias, que con tanta decisión se habían sacrificado por la madre patria. Castries obtuvo satisfacción y Joly de Fleury abandonó el ministerio contento seguramente de escapar á la catástrofe, que no por sus cortos alcances dejaba de entrever para breve plazo.

Fué su sucesor de Ormesson un hombre de bien, que otro hombre de bien, Miromesnil, el ministro guarda-sellos, indicó; pero sin autoridad ni capacidad para salvar la situación.

Ormesson se indispuso desde luégo resueltamente con la corte. Los hermanos del rey que gozaban

como sabemos de enormes patrimonios, pretendían ahora que el rey les pagase sus deudas, y esto era justo, pues Luis XVI acababa de comprar al duque de Penthièvre la posesión de Rambouillet por catorce millones, á fin de socorrerle en su desastre financiero. Cuando Ormesson tuvo noticia de este acto personal del rey, quiso abandonar el gobierno, pero tuvo la debilidad de continuar y de ser él quien exigiera de la caja de descuentos creada por Turgot, y desarrollada por Necker, seis millones que necesitaba de urgencia el Tesoro. Hízose esto público, y los tenedores de billetes justamente alarmados, se presentaron á cobrar sus créditos que la caja no pudo pagar, viéndose Ormesson obligado á dar una orden suspendiendo el pago de los billetes mayores de 300 libras. De aquí resultó el pánico financiero, consecuencia natural de la suspensión de pagos, que suponía el curso de los billetes forzoso.

Castries, que vió claro el peligro de la situación, envió una memoria al rey para pedirle que llamara



de nuevo á Necker, pero Luís XVI se limitó á contestarle «que, dada la manera como Necker se había separado de su lado, esto no era posible.» De modo que Luís XVI sacrificaba la Francia á su vanidad de rey.

¿A quién, pues, se iba á encargar la más importante de las carteras, aquella que contenía el secreto de la duración del antiguo régimen?

Convenía ante todo que la elección recayera en un hombre de autoridad, de prestigio, lo mismo en el país que en el mundo financiero, se necesitaba un hombre tan severo y recto como Turgot, y aún más radical y activo que éste, un hombre que se impulsara á la corte, y se dió finalmente con una hechura de ésta, pero de la fracción más desacreditada, de la camarilla de la duquesa de Polignac; con un hombre de una reputación dudosa en todos sentidos, y de quien sólo respondía en el mundo económico el banquero, es cierto, de la corte, de Harvelay, de quien se decía que el futuro ministro era el amante de su esposa. Cierta ó no este rumor público, el caso es que Calonne, de quien hablamos, casó con ella, tan pronto enviudó.

Ni el rey, ni la reina querían para ministro al intendente de Valenciennes, el rey, porque ofendía á su honradez y delicadeza, á la reina porque era partidaria del arzobispo de Tolosa, de Lomenie de Brienne. ¿Cómo, pues, pudo ser nombrado ministro de Hacienda hombre tan antipático á los reyes? «Cuando los soberanos tienen favoritos, crían cerca de ellos potencias que, incensadas por de pronto por sus amos, acaban por serlo por sí mismos, teniendo un partido en el Estado, obrando luego solos y haciendo que la censura de sus acciones caiga sobre los soberanos á quien deben su crédito.» ¿Quién habla de una manera tan razonada y justa? María Antonieta en las *Memorias* de la señora Campan. Y precisamente la reina pensaba de tal suerte á propósito del nombramiento de Calonne, ó mejor de su decepción al proponer al arzobispo de Tolosa, al verse suplantada en el Consejo del rey por la camarilla de la duquesa de Polignac unida á la del conde de Artois.

¿Por qué Luís XVI no aceptó á un ministro de la Iglesia para ministro suyo? Lomenie de Brienne le era sospechoso, porque era amigo de Necker y lo había sido de Turgot. Era un prelado instruido y liberal á quien los filósofos habían protegido, y á quien de Alembert había abierto las puertas de la Academia de Francia. En su diócesis se había granjeado justa fama de buen administrador, pero qué significaba esto tratándose de un prelado filósofo y

amigo de los filósofos y de las reformas? Además era el protegido de María Teresa de Austria, y el rey, como ya sabemos, no quería hechura alguna austriaca. ¿Quién sabe si los Polignac y los Artois no principiaron por este tiempo á llamar á la reina la Austriaca para hacer aceptar su candidatura nacional anti-austriaca?

Cómo Calonne fué nombrado á pesar de la oposición del rey, también se ha averiguado. Así como para lograr incomodarle con el abate Raynal, se halló un día sobre la mesa de su despacho la obra de aquél, encuadrada de tal suerte, que no se abría sino en aquellas páginas que más habían de irritarle como hombre piadoso, como rey, y como hombre de morigeradas costumbres, ahora se recorrió á un expediente análogo; se escribió una carta que corrigió Vergennes, quien, además, se encargó de que el rey diera con ella casualmente, en la que se decía que, si se quería prevenir el pánico en la Bolsa, no había más remedio que nombrar á Calonne en quien tenían los capitalistas absoluta confianza. El autor de la carta y de toda esta intriga, fué de Harvelay.

¿Sacrificaba de Harvelay conscientemente á su patria, á la esperanza de redondear por medio de Calonne su fortuna, ó de buena fe creía que éste podía salvar la situación? Cuestión á la que no es posible contestar por la sospecha de inmoralidad que pesa sobre el protector y el protegido.

Calonne era un hombre de su tiempo, es decir, un hombre que poseía todas las gracias y todos los vicios de su siglo. En nuestros días se ha discutido mucho su capacidad, y mientras unos le consideran como un hábil político y un hombre de experiencia, otros le creen poco menos que memo. La razón creemos que está en un término medio, no era ni un grande político ni un mentecato, sólo que como nada podía hacer un hombre de sus circunstancias en los críticos momentos en que escalaba el poder, su petulancia y las complacencias que tuvo desde luego con la reina para desenojarla y hacerse simpático á ella, ofuscan sus buenas cualidades.

Pero su nombramiento obtenido como ya hemos dicho por la coalición de la Polignac con el conde de Artois, aparece con una significación eminentemente política. Artois había visto la cara á la revolución antes que otros muchos y se había convertido al partido de la resistencia y de la reacción á toda costa. Desde este momento hasta 1830, conde de Artois ó Carlos X, no transigirá con la libertad. La reacción puede estar seguro de encontrarle siempre á su cabeza. Calonne, pues, entraba en el gobierno con la significación de Joly de Fleury, como un

hombre reaccionario, como un hombre incapaz de consentir la menor reforma que pudiera causar el más leve daño al antiguo régimen. Cuando se logró formar esta convicción en el ánimo de Luís XVI, creemos que fué cuando el rey le entregó la inspección general de la Hacienda. La conducta de Luís desde que gobierna solo, creemos que autoriza nuestro modo de ver.

Sin embargo, nosotros creemos que Calonne sin ser un hombre superior era un hombre de mérito, sólo inferior á las circunstancias á las que no hubiera podido hacer frente un Turgot. Creemos también que ni era un hombre de reacción, ni de trampa adelante, y si vino á ser con el tiempo lo uno y lo otro, lo repetimos, las circunstancias que no estaba en su mano detener, le obligaron á ello.

Calonne se encargó de la Hacienda de la monarquía cuando había aumentado en los dos años y medio que habían transcurrido desde la caída de Necker, en deuda consolidada 345 millones. Además se encontró con que los atrasos de la marina subían á 220 millones. 170 millones se debían igualmente por otros conceptos, y con éstos había que añadir 176 millones de anticipaciones, y 80 millones en el presupuesto corriente, es decir, 646 millones de deuda exigible. Cierta que los gastos se calculaban sólo en 300 millones, y los ingresos en 505 millones, pero estos 205 millones de sobrantes, estaban gravados por otros 205 millones por rentas constituidas, intereses por anticipos y garantías; que otros 45 millones estaban sujetos á reembolsos de anualidades y de loterías, de modo que del presupuesto de ingresos sólo quedaban disponibles 255 millones, cuando los gastos, como hemos dicho, importaban 300 millones. En suma, un déficit confesado de 45 millones que á lo menos se elevaría á 50, y una deuda que no se podía extinguir de ningún modo de 646 millones. Un hombre honrado como de Ormesson, tenía motivos para decir que se encargaba de la Hacienda lleno de pavor, un hombre que como Calonne, decía que se encargaba de la hacienda del rey para liquidar la suya, era el único que estaba á su puesto.

El inspector general de Hacienda, supo, sin embargo, captarse las simpatías del mundo, de la bolsa desde luego, evidentemente auxiliado por los de Havelay y consortes. Empero no se debe negar que dictó algunas medidas favorables al restablecimiento del crédito, suprimiendo el curso forzoso de los billetes del Tesoro gracias al auxilio de una comisión de banqueros y de un corredor que le dieron recursos para hacer frente á los gastos, esto, añadido

á un balance de la Caja lanzado al público con suma habilidad presentando las cosas bajo favorable aspecto y á la emisión de mil acciones nuevas que se cubrieron desde luego, hizo que la confianza se restableciera y que Calonne inaugurara el año 1784 con su entrada en el gobierno, es decir, que adquiriera rango de ministro.

Ministro Calonne captó desde luego las simpatías de todos sus colegas con su agradable trato, finas maneras y delicadas atenciones para con todos, presentándose como un hombre obligado, dispuesto á servirles en cuanto estuviera á su alcance fuera ó no posible, pues Calonne lo mismo contestaba á María Antonieta que le pedía un favor «que se haría si era posible, y que caso que no lo fuera también se haría», que á cualquiera de sus colegas, y aún de sus amigos. Hombre tan ductil ó tan hábil no había de dejar pasar en vano el favor público para tomar á préstamo cien millones que consintió en autorizar el Parlamento, no sin hacer sus reservas, pero el listo ministro le aseguró que con el orden y la economía se allanarían, no sólo todas las dificultades de momento, sino que se rebajarían los impuestos y se establecería el equilibrio entre los ingresos y los gastos.

No porque Calonne hubiese logrado encontrar dinero se entregó á la dulce tarea de disfrutarlo, sino que parecía tomar á empeño ganar la confianza pública. Como el invierno hubiera sido rudo por demás, hizo que el rey concediera siete millones para aliviar la miseria de las poblaciones que más habían sufrido, tomando este dinero de la lista civil, como decimos hoy, ó de la Casa real, de lo consignado para los grandes sueldos y pensiones; en suma, sobre todo aquello que la nación pedía en primer término que se castigase.

Todavía continuó Calonne sus medidas restaurando la caja de amortización, que dotó con tres millones anuales, debiendo aumentar su capital con los atrasos que amortizasen y con las rentas vitalicias que se extinguieran por aquel concepto, todo lo cual se evaluaba en 12 millones al año, siguiendo en esto al pie de la letra los consejos de un hábil financiero llamado Panchaud, que había estudiado el mecanismo del interés compuesto, que ya los ingleses empleaban felizmente; de modo que Calonne se prometía en 25 años amortizar por más de 1.200 millones de deuda flotante y consolidada, asegurando á todos que las medidas estaban tan bien tomadas, que aún si sobreviniera una nueva guerra la caja funcionaría con toda tranquilidad.

Al mismo tiempo, los que querían castigar al